

# Los nueve de **Á** príncipes de **A** mbar

Crónicas de Ámbar. Libro 1



**Roger Zelazny**

Ámbar era la ciudad más grande que hubiera existido jamás o que fuera a existir. Ámbar siempre había sido y siempre sería, y cualquier otra ciudad, en cualquier lugar, que existiera, no sería más que un reflejo de una sombra de alguna fase de Ámbar. Ámbar, Ámbar, Ámbar... Te recuerdo. Nunca volveré a olvidarte. Creo, muy dentro de mí, que nunca te olvidé a través de todos estos siglos en los que vagué por la Tierra de Sombra, porque a menudo, durante la noche, mis sueños eran perturbados por las imágenes de tus verdes y dorados capiteles y tus majestuosas terrazas. Recuerdo tus anchos paseos y tus campos de flores, doradas y rojas. Recuerdo la dulzura de tus aires, y los templos, palacios, y lo agradable que tenías, tienes y siempre tendrás.

Corwin ha sido internado en un hospital tras sufrir un accidente de coche. Padece un ataque de amnesia que le impide recordar quién es. Encontrará una extraña baraja cuyos arcanos representan a personas que reconoce, entre las que se encuentra él mismo. Los naipes le permitirán llegar a Ámbar, de cuyo trono es el legítimo sucesor.

## Índice de contenido

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

Sobre el autor

Notas

**DESPUÉS DE LO** que me pareció una eternidad, todo llegaba a su conclusión.

Intenté mover los pies, y lo conseguí. Me encontraba tendido en una cama de hospital, con las piernas escayoladas; pero al menos seguían siendo mías.

Cerré los ojos y los volví a abrir tres veces.

La habitación comenzó a estabilizarse.

¿Dónde demonios me encontraba?

Entonces lentamente empezó a desaparecer la niebla, y parte de aquello que llamamos memoria volvió a mí. Recordé noches y enfermeras y agujas.

Entonces, cada vez que las cosas parecían aclararse un poco, venía alguien y me inyectaba algo. Así había sido. Sí. Aunque ya me iba sintiendo ligeramente bien. Tendrían que detenerse.

¿Lo harían?

Me asaltó este pensamiento: *Quizá no.*

Parte del escepticismo de toda motivación humana me alcanzó y se alojó en mi pecho. Repentinamente, supe que me habían estado drogando. Tal como lo veía, no había existido ninguna razón para ello; y no había ninguna razón para que se detuvieran si fueron pagados para hacerlo. Trata de jugar fríamente y permanecer dopado, dijo una voz en mi interior, que no era lo mejor de mí mismo, pero sí lo más sabio.

Así lo hice.

Diez minutos después, una enfermera asomó la cabeza por la puerta y yo estaba, por supuesto, durmiendo. Se marchó.

Durante ese tiempo, conseguí reconstruir en parte lo sucedido.

Recordé vagamente que había tenido una especie de accidente. Lo ocurrido después de aquello era una sucesión de imágenes borrosas; de lo que pudiera haber pasado antes no tenía la más mínima idea. Pero primero, así lo recordaba, había estado en un hospital, para ser trasladado después a este sitio. ¿Por qué? No lo sabía.

De cualquier modo, las piernas estaban bastante bien. Lo suficiente como para sostenerme, aunque no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que se rompieran... sabía que se habían roto.

Me senté. Me costó un verdadero esfuerzo, ya que mis músculos estaban entumecidos. Afuera estaba oscuro, y un puñado de estrellas brillaba intensamente más allá de la ventana. Parpadeé al mirarlas y saqué las piernas por el borde de la cama.

Me sentí mareado, pero después de un tiempo aquello pasó, y me levanté, agarrándome a la cama, y di el primer paso.

Perfecto. Las piernas me sostenían.

Teóricamente me encontraba en condiciones de dar un paseo.

Regresé a la cama, me tumbé, y pensé. Estaba sudando y temblaba. Visiones de dulces ciruelas, etc...

Algo huele a podrido en Dinamarca...

Recordé que había sido un accidente de automóvil. Y bastante serio...

Se abrió la puerta, dejando entrar la luz, y, con los ojos entornados, vi a una enfermera con una hipodérmica en la mano.

Se aproximó a la cama; era un chica de caderas anchas, cabello oscuro y grandes brazos.

Cuando se acercó a mí, me senté.

—Buenas noches —le dije.

—¡Oh!... Buenas noches —replicó.

—¿Cuándo me marchó? —pregunté.

—Tendré que preguntárselo al doctor.

—Hágalo —dije.

—Por favor, levántese la manga.

—No, gracias.

—Tengo que ponerle una inyección.

—No, no tiene por qué hacerlo. No la necesito.

—Me temo que eso tiene que decidirlo el doctor.

—Dígale que venga y que decida. Mientras tanto, no lo consentiré.

—Tengo mis órdenes.

—También las tenía Eichmann, y mire lo que le ocurrió —y negué lentamente con la cabeza.

—Muy bien —dijo ella—. Tendré que informar de esto...

—Hágalo, por favor —insistí—, y, de paso, diga que he decidido marcharme por la mañana.

—Eso es imposible. Ni siquiera puede caminar... Además, tuvo lesiones internas.

—Ya veremos —dije—. Buenas noches.

Se marchó sin contestar.

Volví a tenderme sobre la cama y reflexioné. Parecía encontrarme en una clínica privada... Eso quería decir que alguien estaba pagando mis facturas. ¿Alguien a quien yo conocía? Aunque lo intenté, no me vino a la mente ninguna de familiares. Tampoco amigos. ¿Qué me quedaba? ¿Enemigos?

Pensé durante un rato.

Nada.

Nadie que pudiera favorecerme de aquel modo.

Repentinamente, recordé que había caído con mi coche por un precipicio a un lago. Y aquello era cuanto recordaba.

Yo estaba...

Me esforcé en tratar de recordar y me puse a sudar de nuevo.

No sabía quién era.

Para mantenerme ocupado, me senté y comencé a quitarme todas las vendas. Cuando terminé, parecía encontrarme perfectamente, así que me pareció que había hecho lo

correcto. Utilizando un puntal que cogí de la cabecera de la cama, rompí el molde de mi pierna derecha. Tuve la repentina sensación de que debía marcharme inmediatamente; de que había algo que tenía que hacer.

Comprobé la pierna, y pareció encontrarse en perfecto estado.

Destrocé el molde de la pierna izquierda y me levanté, dirigiéndome al armario.

No había nada de ropa.

En aquel momento escuché unos pasos. Regresé a la cama y cubrí los moldes y las vendas.

La luz inundó la habitación. Y allí, con la mano en el interruptor de la pared, pude ver a un tipo corpulento con chaquetilla blanca.

—¿Qué es eso que oí de que andaba entorpeciendo el trabajo de la enfermera? —preguntó, y ya no tuve ninguna excusa para seguir durmiendo.

—No lo sé —dije—. ¿De qué se trata?

Aquello le molestó durante un segundo o dos, ya que frunció el ceño.

Luego dijo:

—Es la hora de su inyección.

—¿Es usted médico? —le pregunté.

—No, pero estoy autorizado para inyectarle.

—Y yo me niego —dije—, pues la ley me protege. ¿Qué le parece?

—Le pondrán la inyección —dijo, y se acercó al lado izquierdo de la cama. En la mano que había permanecido oculta hasta entonces, tenía una hipodérmica.

Fue un golpe muy duro, unos diez centímetros debajo del cinturón, si no me equivoco, el que le hizo caer de rodillas.

—¡\_\_\_\_\_! —dijo después de un tiempo.

—Acércate lo suficiente la próxima vez —dije—, y verás lo que sucede.

—Tenemos nuestros métodos para tratar con pacientes como usted —dijo jadeando.

Entonces supe que había llegado el momento de actuar.

—¿Dónde está mi ropa? —pregunté.

—¡\_\_\_\_ \_\_\_\_! —repitió.

—Creo que entonces tendré que tomar las tuyas. Dámelas.

Se hizo aburrido con la tercera repetición, por eso le arrojé las sábanas a la cabeza y le di un golpe con el puntal metálico.

En un par de minutos ya estaba vestido completamente de blanco: el color de Moby Dick y del helado de crema. Feo.

Le arrastré hasta meterlo dentro del armario y luego miré por la ventana enrejada. Vi a la Vieja Luna con la Luna Nueva en sus brazos, flotando inmóvil sobre una hilera de álamos. La hierba era plateada y brillaba, y la noche negociaba débilmente con el sol. Nada que me indicara dónde estaba situado aquel lugar.

Hacia mi izquierda, abajo, se proyectaba un cuadro de luz, que parecía indicar una ventana de la planta baja con alguien despierto tras de ella.

Salí de la habitación y eché un vistazo al corredor. A la izquierda terminaba en una pared con una ventana enrejada y cuatro puertas más, dos a cada lado.

Probablemente, eran más habitaciones como la mía. Me acerqué a la ventana y vi más tierra, más árboles, más noche: nada nuevo. Dando la vuelta, me dirigí en la otra dirección.

Puertas, puertas, puertas sin ninguna luz bajo ellas. El único ruido lo producían mis pisadas, debido a los zapatos demasiado grandes que había tomado prestados. El Sonriente Muchacho del reloj me dijo que eran las cinco y cuarenta y cuatro minutos. Llevaba el puntal de metal en el cinturón, bajo la limpia chaquetilla blanca, y al caminar me ro-



zaba la cadera. Cada veinte pasos había una plafón en el techo que proyectaba unos cuarenta vatios de luz.

Llegué a una escalera, a la izquierda, que bajaba. Descendí. Estaba enmoquetada y era silenciosa.

El segundo piso parecía como el mío: hileras de habitaciones; continué bajando.

Cuando llegué al primer piso, giré a la derecha, buscando la puerta por la que debía filtrarse luz.

La encontré casi al final del corredor y no me molesté en llamar.

El hombre estaba sentado detrás de un lustroso escritorio, llevaba una bata muy llamativa y estaba hojeando un libro de registros. No era una habitación típica de hospital. Me miró con ojos llameantes y muy abiertos, y con el intento en los labios de dar un grito que nunca llegó a surgir; quizá se debió a mi resuelta expresión. Se puso en pie rápidamente.

Cerré la puerta a mi espalda y dije:

—Buenos días. Se encuentra en apuros.

La gente, cuando se trata de problemas, siempre es curiosa, ya que después de los tres segundos que tardé en cruzar la habitación, sus palabras fueron:

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —dije—, que está a punto de tener una demanda por mantenerme incomunicado, y otra por ejercicio indebido de la medicina, por uso indiscriminado de narcóticos. Además, empiezo a sentir síndrome de abstinencia y puedo hacer algo violento...

—Lárguese de aquí —dijo.

Vi un paquete de cigarrillos encima del escritorio, cogí uno y le dije:

—Siéntese y mantenga la boca cerrada. Tenemos que hablar de algunas cosas.

Se sentó, pero no se calló.

—Está usted infringiendo varias reglamentaciones.

—Dejaremos que los tribunales decidan quién es el culpable —repliqué—. Ahora quiero mi ropa y mis efectos personales. Me voy.

—No está en condiciones...

—Nadie se lo ha preguntado. Decídase ahora o responderá ante los tribunales.

Trató de alcanzar un botón que había sobre su escritorio, pero le aparté la mano.

—¡Ahora! —repetí—. Debió apretarlo cuando entré. Ya es demasiado tarde.

—Mr. Corey, está haciendo las cosas todavía más difíciles.

¿Corey?

—Yo no pedí que me ingresaran aquí —dije—, pero tengo todos los malditos derechos para salir. Y ahora es el momento, así que arreglémoslo.

—Obviamente —replicó—, usted no se halla en condiciones para abandonar esta institución. Yo no puedo autorizarlo. Ahora voy a llamar a alguien para que le acompañe de vuelta a su habitación y se encargue de acostarle.

—No lo intente —dije—, o comprobará en qué condiciones me encuentro. Tengo que hacerle varias preguntas. La primera es, ¿quién me ingresó aquí y quién está pagando los gastos?

—Muy bien, —murmuró, y sus pequeños bigotes rojizos descendieron todo lo que pudieron.

Abrió un cajón y metió una mano en él; me puse en guardia.

Hice que cayera sobre la mesa antes de que pudiera quitarle el seguro: era un Colt automático de calibre 32, muy bien cuidado. Cuando lo cogí, le quité el seguro; le apunté y le dije:

—Contestará a mis preguntas. Es evidente que me considera peligroso, y tal vez esté en lo cierto.

Sonrió débilmente y encendió un cigarrillo, lo cual, si quería demostrar aplomo, fue un error, pues sus manos

temblaron.

—De acuerdo, Corey... Si con ello se siente satisfecho —dijo—. Su hermana le ingresó.

«¿?», pensé.

—¿Qué hermana? —le pregunté.

—Evelyn —respondió.

Sin embargo, no hubo campanas.

—Eso es ridículo. No he visto a Evelyn en muchos años —dije—. Ella ni siquiera sabía que me encontraba en esta parte del país.

Se encogió de hombros.

—No obstante...

—¿Dónde está ahora? Quiero llamarla —interrumpí.

—No tengo su dirección a mano.

—Consígala.

Se puso en pie, se dirigió a un fichero y revolvió en él, sacando una tarjeta.

La miré. *Miss Evelyn Flaumel...* La dirección de Nueva York tampoco me era familiar, pero también la memoricé. Como la tarjeta decía, mi primer nombre era Cari. Bien. Más datos.

Me puse la pistola en el cinturón junto al puntal, con el seguro puesto, claro.

—Muy bien —le dije—. ¿Dónde está mi ropa y cuánto va a pagarme?

—Su ropa quedó destruida en el accidente —dijo—, y debo advertirle que sus piernas quedaron gravemente fracturadas... la izquierda por dos sitios. Francamente, aún no me explico cómo puede mantenerse en pie. Tan solo han transcurrido dos semanas.

—Siempre curo rápidamente —dije—, y ahora, hablando del dinero...

—¿Qué dinero?

—Lo que ha dictado el tribunal como indemnización por medicación inadecuada y todo lo demás.

—¡No sea ridículo!

—¿Quién está siendo ridículo? Me conformo con mil dólares, en efectivo y ahora.

—Ni siquiera discutiré algo semejante.

—Bien, pero mejor considérelo... y, gane o pierda, piense en la reputación que le daré a este lugar si hago algo de publicidad antes del juicio. Me pondré en contacto con la AMA<sup>[1]</sup>, los periódicos, la...

—¡Chantaje! —dijo—. No tengo nada que ver con eso.

—Pague ahora o después del juicio —dije—. No me importa. Pero será más barato si hace lo que digo.

Si aceptaba, sabría que mis sospechas eran acertadas y que había algo ilegal en el asunto.

Clavó sus ojos en mí, no sé por cuánto tiempo.

Finalmente dijo:

—Aquí no tengo mil.

—Diga una cifra —le propuse.

Después de otra pausa:

—Esto es un robo.

—No si es efectivo, Charlie. Así que, ¿cuánto?

—Puede que en mi caja fuerte tenga unos quinientos.

—Tráigalos.

Después de inspeccionar el contenido de una pequeña caja fuerte de pared, dijo que había 430, y como no quería dejar huellas solo para comprobar si era cierto, acepté aquel dinero y me lo metí en el bolsillo.

—Ahora dígame cuál es la compañía de taxis más cercana.

Lo dijo, y miré el listín telefónico, lo que me indicó que me encontraba en las afueras de Nueva York.

Como no conocía el nombre del lugar y no quería que sospechara en qué estado se encontraba mi memoria, hice que él pidiera un taxi. Una de las vendas que me había quitado, había estado alrededor de mi cabeza.

Mientras daba la dirección, le oí mencionar el lugar: se llamaba Hospital Privado Greenwood.

Tiré el cigarrillo y cogí otro, y le quité a mis piernas unos noventa kilos de peso sentándome en una silla tapizada en marrón que había junto a la biblioteca.

—Esperaremos aquí y luego me acompañará hasta la puerta —dije.

No volví a oír una palabra de él.



**CUANDO EL TAXI** me dejó en una esquina del pueblo más próximo, eran las ocho en punto. Le pagué al conductor y luego estuve caminando alrededor de veinte minutos. Me detuve en un bar a desayunar. Tomé un zumo, un par de huevos, tostadas, bacon, y tres tazas de café. El bacon tenía demasiada grasa.

Cuando acabé de desayunar, había pasado casi una hora. Eché a andar de nuevo; encontré una tienda de ropa y esperé hasta las nueve y media, la hora de abrir.

Compré un par de pantalones, tres camisas de *sport*, un cinturón, ropa interior y un par de zapatos de mi medida; me compré también un pañuelo, una billetera y un peine de bolsillo.

Encontré una estación de autobuses y cogí uno que iba hacia la ciudad de Nueva York. Nadie trató de detenerme. Nadie parecía buscarme...

Sentado allí, mirando el campo coloreado por el otoño y cuya hierba era agitada por un fuerte viento bajo un frío y brillante cielo, analicé lo que sabía de mí y mis circunstancias.

Había sido ingresado en el Greenwood por mi hermana Evelyn Flaumel bajo el nombre de Cari Corey. Eso se debió a un accidente de coche que había tenido quince días atrás, en el que sufrí varias fracturas de huesos que ya no me molestaban en lo más mínimo. Y no recordaba a mi hermana Evelyn. La gente de Greenwood había recibido órdenes de mantenerme en un estado pasivo, y temían que los

denunciara, como amenacé con hacerles cuando me liberé. Bien. Alguien tenía miedo de mí por alguna razón. Jugaría la partida hasta el final.

Me obligué a volver otra vez hasta el momento del accidente, pensamiento que mantuve en la cabeza hasta que me produjo dolor. Tenía la impresión de que no había sido un accidente, aunque no sabía por qué. Lo averiguaría y alguien pagaría por ello. Pagarían mucho, mucho. Una cólera terrible invadió mi cuerpo.

Quienquiera que haya sido el que intentó herirme, usar-me, lo hizo bajo su propio riesgo, y recibiría su merecido, fuera quien fuese. Sentía un apremiante deseo de matar, de destruir al culpable; y sabía que no era la primera vez en mi vida que sentía algo así, y sabía que en el pasado lo había cumplido. Más de una vez.

Miré por la ventanilla, viendo cómo caían las hojas muertas.

Cuando llegué a la ciudad, lo primero que hice fue entrar en la peluquería más cercana para que me afeitaran y cortaran el pelo; y lo segundo, fue cambiar de camisa en un servicio, ya que no soporto los pelillos en la espalda. La 32 automática, que pertenecía al individuo sin nombre del Greenwood, estaba en el bolsillo derecho de mi chaqueta. Almorcé rápidamente, y anduve en metro y autobuses por espacio de una hora; luego cogí un taxi para que me llevara a la dirección de Evelyn, mi supuesta hermana y posible estimuladora de recuerdos, en Westchester.

Mientras me acercaba, iba pensando en lo que iba a decir. Por eso, cuando la enorme puerta del viejo lugar se abrió en respuesta a mi llamada, ya sabía lo que diría. Lo había pensado mientras caminaba por el largo, sinuoso, camino de grava blanca, entre los oscuros robles y brillantes arces, mientras las hojas crujían bajo mis pies y el viento enfriaba mi recién afeitado cuello, protegido por la levantada solapa de la chaqueta. El olor del tónico capilar se mezclaba con la humedad de las hiedras que cubrían todos los